



¡ESPOSAS, ALERTA!

POR

DOROTHY REVIER y FORREST STANLEY

N.º 122

30 cts.

La Novela Femenina Cinematográfica

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Publicación semanal de asuntos de películas

Redacción y Administración :

Vía Layetana, 12 - Teléfono 4423 A - Barcelona

Año III

N.º 122

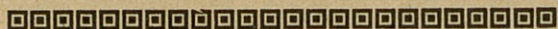
¡ESPOSAS, ALERTA!

*Original comedia cinematográfica, interpretada
por los célebres artistas*

***Dorothy Revier, Forrest Stanley,
etc.***

Programa "EMPIRE" VERDAGUER

Consejo de Ciento, 290
BARCELONA



¡ESPOSAS, ALERTA!

Argumento de la película

Aun cuando en la sociedad de nuestros días se considera algo difícil hallar un hombre joven que reúna las condiciones de ecuanimidad, sensatez y cordura que requiere la vida de casado, Florencia Gilbert había tenido la suerte de hallarlo y la fortuna de casarse con él, que se concretaba en la persona de Enrique Gilbert.

Enrique Gilbert era un simpático abogado de unos treinta años, regular de estatura, serio y trabajador, por cuyas cualidades puede decirse que era el verdadero sostén de la firma comercial Belchor y Gilbert. La esposa de

Enrique reunía todas las condiciones para hacer feliz a un hombre; hacendosa, cuidaba de que su cariñosa mitad lo tuviera todo siempre a punto, limpio y arreglado.

Sobre todo era mimosa como un bebé, y con sus caricias, ¡cómo no! sacaba de quicio y conseguía todo cuanto se propusiera del perfecto Enrique.

Este, solamente en una cosa no transigía: cuando se le ponía alguna traba en el cumplimiento de su deber en la oficina. Por esto aquella noche, en la que como tantas otras, después de cenar dijo tener que marcharse a la oficina, Florencia púsose seria.

—Pero, hijita, sé razonable. Es necesario que estas noches acuda a la oficina. Ya sabes que a los asuntos de la Liga Moral hay que concederles atención preferente.

Mientras Enrique se preparaba, su esposa dedicóse a leer el folletín del diario.

Leyó:

Vida de casados

...Todas las noches, absolutamente todas, Gerardo decía a su esposa que el trabajo agobiador de la oficina le obligaba a salir. Y todas las noches su ruta era la misma: reuníase en casa de unos amigos, solterones, y empezaban la excursión nocturna, yendo de un "dancing" a un "cabaret". Mientras tanto, la con-

fiada Elena dormía tranquila y segura de su felicidad...

Levantó la cabeza y preguntó, entre irónica e incrédula:

—¿Estás seguro de que vas a trabajar a la oficina, Enrique?

—Lo mejor es que no leas tonterías folletinescas. Además, si tienes alguna duda, telefonéame luego al despacho.

Salió de la coquetona torre que habitaban en las afueras de la ciudad, montó en su coche y se dirigió a la oficina.

A la misma hora que esto acontecía, en el hogar de los Belchor, donde se había eclipsado años ha la luna de miel, ocurría un caso muy parecido al que hemos reseñado. Guillermo Belchor, el socio de Enrique, después de treinta años de vida matrimonial — en la época que nos ocupa contaba 55 — descubrió que el matrimonio es una sociedad en la cual uno manda y el otro obedece: a él siempre le había tocado obedecer. Aquella noche también él reclamaba a su malhumorada consorte, permiso para salir: el trabajo de la oficina era agobiador.

Insistía con su voz melíflua:

—Pero Matildita, recuerda que ayer me diste permiso para salir hoy...

—Bueno — contestóle con voz agria —, pero

ten en cuenta que "Totó" ha estado a dieta, y el animalito no puede más. Conque, cuando vuelvas, tráele un buen pedazo de hígado.

—Bien, mujercita. Acuéstate tranquila.

Frotándose las manos de satisfacción, Guillermo Belchor salió hasta el recibimiento de la casa, y vigilando atentamente para no ser observado, tomó una maleta que tenía preparada y salió precipitadamente. Montando en el primer *taxi* que pasó, dióle las señas de la oficina. Pero el muy picarón, sintiendo renacer sus ansias juveniles, había decidido ir a un "cabaret", donde le esperaba una rubia bella y gentil. Mientras pensaba en su nuevo amor, bajó las cortinillas del coche y cambió el traje de calle que llevaba puesto por el de *smoking* que llevaba en la maleta.

Cuando, llegado a la oficina, se apeó y fué a pagar al chófer, éste quedó parado al ver la transformación que en tan poco tiempo se había operado en su cliente.

Ante todo, digamos que Enrique tuvo esta noche una visita en la oficina, que favorecía en mucho sus planes de expansión. El propio Melitón Mondgrass, presidente de la Liga Moral, de la ciudad, acudió para someterle un asunto de urgencia.

—¡Nada de tolerancia, nada de indulgencia! ¡Nuestro deber es arrojar de la ciudad a Mateo Cornick y a su entretenida!

Era Melitón Mondgrass, puritano convencido, el que hablaba. A cada palabra que profería iba en aumento su exasperación.

En aquel momento entró Guillermo Belchor y tuvo tiempo para oír como decía:

—Y he elegido a usted y a su socio Belchor para representar a la Liga Moral, porque son ustedes dos hombres de carácter entero y conducta intachable.

Enrique asintió, complacido y hasta cierto punto orgulloso de lo bien visto que era por sus semejantes.

—Si ustedes consiguen arrojar de la ciudad a ese peligroso Cornick, todos los asuntos de la Liga serán para ustedes.

Despidióse; tenía que acostarse temprano. Enrique le despidió con estas palabras:

—Váyase tranquilo, señor Mondgrass, que se hará todo lo legalmente posible para conseguirlo.

Una vez hubo partido el Presidente, Enrique tomó nuevamente la palabra para decirle a su socio:

—Mondgrass, con su Liga, es el amo de la ciudad; si nuestra gestión le gusta, nos hacemos ricos en poco tiempo.

Pero Belchor no estaba en aquel momento para monsergas y le atajó:

—Escuche, Enrique, ¿me presta usted su *auto* por esta noche?

Enrique hizo una suspensión y Belchor continuó:

—Tengo una cita con Carlota Germaine... la amiguita de Cornick... Es una antigua conocida, sabe, y quiere hacerme una consulta legal...

—Ande usted con cuidado, Belchor. Si Mondgrass le ve con ella, nos quita el trabajo a los dos. Y si es Cornick, en vez de Mondgrass, le rompe una costilla a usted sólo.

Enrique se quedó en la oficina trabajando mientras su socio y compañero se le llevaba el *auto* para irse a divertir.

A cosa de las doce, Florencia, queriendo constatar que su esposo estaba en realidad trabajando, telefoneó a la oficina. Pero seguramente un duendecillo burlón habíase propuesto no darle este gusto, ya que el timbre del teléfono de Enrique no dió la señal por hallarse mal colocado el auricular.

A la una en punto salió de la oficina, con tan poca oportunidad, que se le escapó en aquel mismo instante el último tranvía, y tuvo que emprender el camino de regreso a su casa andando, donde llegó cerca de las dos.

La consulta legal de Belchor y Germaine se prolongó hasta las doce y media de aquella noche, en uno de los *cabarets* más lujosos de la ciudad; cenaron opíparamente y descorcharon dos botellas de *champagne*, del que Belchor

hizo un prudente uso para que su mujer no conociera su calaverada. Acordóse, entretanto, del recado que su Matildita le diera y encargó al mozo que le sirviera un buen pedazo de hígado para su gato, su "Totó".

Carlota Germaine, un producto del propio París, pasado por el tamiz de América, era el flirt de Belchor, y se rió no poco al ver el extraño pedido que hacía éste al camarero.

—Espero que tu señora no tomará en mal sentido nuestras relaciones... de amistad. Sentiría que por mi culpa tuvieses un disgusto...

—¡Tú no me conoces! ¡En mi casa mando yo! Mi esposa es la más humilde de mis esclavas.

A la una salieron del *cabaret* y Guillermo acompañó a Carlota a su casa. Seguidamente tomó el camino de la suya, paró el coche en la carretera y se cambió otra vez la indumentaria. Mientras se hallaba en esta operación, acertó a pasar por allí mismo un guardia, el cual, extrañado de ver un coche parado a aquellas horas de la noche, se acercó, distinguiendo tan sólo vagamente unos movimientos raros. Preparó su pistola y abrió la portezuela violentamente, mientras gritaba:

—¡Manos arriba!

Alzó Belchor las manos y salió del coche... en calzoncillos.

—¿Se puede saber qué es lo que está usted haciendo aquí tan ligerito de ropa?

—Le diré a usted, guardia; mi mujer me ha mandado a un recado.

—¿A un recado a la una de la madrugada, y en calzoncillos? ¿Cree usted que soy un chico?

—Le aseguro que es verdad lo que digo. Vengo de comprar hígado para el gato.

—Ahora me ha hecho usted recordar que mi mujer me encargó lo mismo. ¡Deme su hígado!

Y después de violentas discusiones, en las que Belchor llevaba las de perder, se reconciliaron, partiendo el trozo de hígado en dos pedazos.

Cuando llegó a su casa le esperaba una repulsa.

—¿Dónde has estado toda la noche?

—No me hables, Matildita, no me hables... He estado recorriendo la ciudad de punta a rabo para no volver a casa sin el hígado...

Esta excusa le salvó.



A la mañana siguiente, Florencia Gilbert, que ya empezaba a dudar de la fidelidad de su esposo, levantóse de muy mal humor. Vistióse apresuradamente, y, con la intención de ir a ver a su buena amiga la señora de Belchor, tomó el automóvil. Una sorpresa grande la esperaba: en el suelo del coche halló un diminuto y perfumado pañuelo de encaje junto con un tarjetero de oro. Lo abrió, hallando entre otras cosas una tarjeta:

Carlota Germaine

Departamento Royal, 82

—¡Qué infame!... ¡Y éste era su trabajo en la oficina!

Sin pensarlo mucho tomó el *auto* y se dirigió a las señas de la tarjeta. Ya en casa de Germaine, y frente a ésta, le dijo violentamente:

—¡ Sé que estuvo usted anoche de paseo con mi marido! ¡Yo le aseguro que oirán hablar de mí!

Y sin dejar que Germaine volviera en sí de la sorpresa arrojó las dos prendas sobre el

diván en que se hallaba aquella, y, despechada, salió.

En busca de un corazón amigo en el que volcar la pena del suyo, se apresuró Florencia a ir a casa de los Belchor. Llorosa se presentó ante Matilde y contóle toda su pena, y el hallazgo del pañuelo y el tarjetero.

—¿Quiere usted mayores pruebas de su infamia?

—No dude usted ni un momento, Florencia — aconsejó Matilde —, divorciese de ese calavera y búsquese un marido formal, sentido, como el mío.

Trataron luego ampliamente de la forma de conseguir el divorcio, para lo cual necesitaban, desde luego, pruebas de la infidelidad del esposo.

—Esa mujer debe conservar algunas cartas. En casos como éste los hombres escriben muchas tonterías.

—Si ella tiene cartas yo las obtendré.

Los dos socios, entretanto, hallábanse en la oficina para arreglar la marcha de sus negocios. De pronto se abrió violentamente la puerta y entró bruscamente el temido Mateo Cornick, amigo oficial de Carlota, terror de la Liga Moral y hombre de pelo en pecho.

—He oído decir que están ustedes tramando algo contra mí y vengo a enterarme con detalles.

—Estamos acumulando cargos contra usted, pero no vea en nosotros mismos, señor Cornick, sino a los abogados de la Liga Moral.

En aquel momento llamaron al teléfono. Era Carlota, que creída de que había recibido la visita de la esposa de Belchor, quería poner a éste en antecedentes.

—Hola, viejecito. Soy Carlota; quiero decirte que tu esposa acaba de salir de mi casa, y me ha manifestado que está enterada de nuestras relaciones, incluso de la salida de anoche.

Guillermo púsose lívido. Además, temiendo que Cornick pudiera adivinar que hablaba él con su amiga, la atajó diciendo

—Ya... ya la llamaré a usted luego...

Y colgó el auricular.

Cornick, que era un verdadero bravucón, dijo:

—Usted haga lo que quiera, pero si se mete conmigo, ¡vaya despidiéndose de las narices!

Levantóse, airado, Enrique, que no admitía amenazas y le despidió.

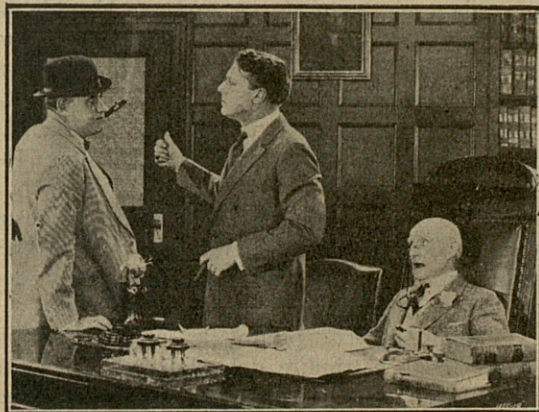
Tan pronto como Cornick hubo salido, Guillermo echóse en brazos de su socio y amigo, y le dijo:

—¡Enrique, compadézcame! Mi mujer se ha enterado de que estuve anoche con Carlota Germaine.

—Pues en buen trance nos ponen sus livian-

dades de viejo verde. Si el escándalo trasciende al público, Mondgrass se enterará y nos quitará su representación.

—Lo peor del caso es que se enterará. Porque Carlota guarda ciertas cartas mías...



Levantóse, airado, Enrique, y le despidió.

—Entonces, estamos perdidos.

No había más que una solución para la salvación de la razón social Belchor y Gilbert, y era conseguir las cartas al precio que fuese. Para tratar de conseguirlo salió rápido Belchor y tomando un *taxi* se hizo llevar a casa de su

amiguita. Pero su esposa se le había anticipado y cuando llegó allí vió en la puerta de la casa de Germaine el coche de su esposa, y ella dentro, con todas las trazas de esperar.

Lo sucedido era que habiendo Florencia mostrado su intención de ir a buscar las cartas que ella creía eran de su esposo, Matilde la acompañó, y ahora, en el momento en que Belchor llegó, había subido la primera para entrevistarse con Carlota:

—Si guarda usted algunas cartas de mi marido, señora; le doy por ellas quinientos dólares.

—Es poco dinero. Si está usted dispuesta a soltar dos mil dólares, entregaré a usted las apasionadas estrofas que su marido tuvo la debilidad de dedicarme.

Estaban en este punto de la conversación cuando sonó el timbre del teléfono. Germaine escuchó. Era la voz de Belchor, el cual, como hemos visto, observó seguidamente la presencia de su esposa y suponiendo que ella había ido por conseguir de su amiguita las cartas por él escritas, hizo retroceder inmediatamente al coche que allí le llevara, hasta su despacho, y contó a su amigo Gilbert lo que le ocurría. Luego dijo:

—Vaya usted, Enrique; hágalo por la firma. Piense que es nuestra única salvación.

Y mientras el paciente Enrique tomando su

coche se dirigía a casa de Carlota, Belchor telefoneó.

Ya hemos visto que Carlota quedó escuchando. Pocas palabras bastaron para ponerla sobre aviso:

—Cariño; mi socio ahora va a tu casa. No hagas nada hasta que él llegue... Y sobre todo no entregues mis cartas, por las que te daré lo que sea preciso.

La francesa, sin hacer ninguna demostración, dió su asentimiento, y luego dirigiéndose a Florencia, dijo:

—Lo siento mucho, señora, pero no puedo decidirme hasta que vea a mi abogado.

Decepcionada por la negativa, la señora de Gilbert bajó la cabeza y salió. Montó en el *auto* donde, como hemos visto, la esperaba la esposa de Belchor, y cuando poníase en marcha el coche, vieron con sorpresa como descendía de otro *auto* que acababa de llegar, Enrique, el cual entró presuroso en la casa de Carlota. Esto confirmó las sospechas que las dos tenían de que era Enrique el que estaba en relaciones con la francesa.

Florencia, al creer con esto que se confirmaba la infidelidad de su esposo, púsose a llorar amargamente. Su amiga, que también se sentía impresionada por la desgracia suya, intentó consolarla con las siguientes palabras:

—¡Valor, hija mía, valor! ¡Pronto se verá libre de ese monstruo!

En tanto, Enrique, inocente de lo que ocurría, presentóse, como sabemos, con la mayor buena fe ante la amiguita de Belchor. Como iba por un asunto, lo sometió instantáneamente así que se vió frente a ella.

—¿Cuánto quiere usted por las cartas del señor Belchor?

—Me habían ofrecido por ellas dos mil dólares.

—¿Quién le había ofrecido esta cantidad, la señora de Belchor?

Carlota, que creía que Florencia era la mujer de Guillermo Belchor, asintió. Enrique volvió a la carga. Era necesario salvar a su socio, y, sobre todo, procurar que el buen nombre de la razón social no desmereciese de la consideración que se había conquistado.

—Le daré a usted tres mil en el acto.

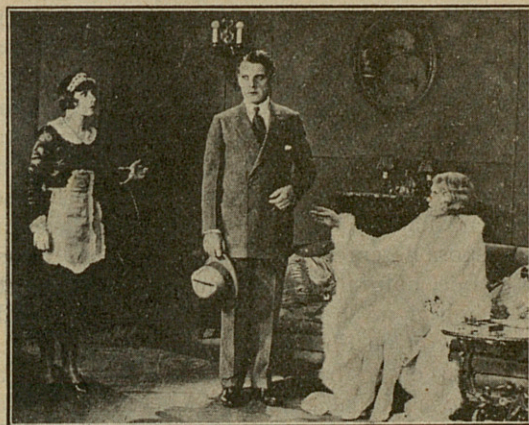
La francesa, impresionada por la apostura de Enrique, sin contestar, le miró fijo y ofrecióle la grana de sus labios. Enrique era muy entero, y resistióse, mirándola severamente. Ella, entonces, apartóse algo, y disgustada le contestó:

—No puedo decidirme ahora. Déjeme pensarlo hasta mañana.

—¡Señora, basta de contemplaciones! ¡O me da usted esas cartas, o la meto en la cárcel!

Indignada por la actitud de Enrique, Carlota llamó a la criada para que le acompañase hasta la puerta.

Disgustado por el fracaso de su gestión,



Indignada por la actitud de Enrique, Carlota llamó a la criada para que le acompañase a la puerta.

Enrique volvió otra vez a la oficina donde le esperaba impaciente su desventurado socio.

—Esa mujer dice que su esposa le ha ofrecido dos mil dólares por las cartas.

Guillermo Belchor estaba desesperado.

Aquella mujer, con sus exigencias le iba a perder, pero lo que más temía era la repulsa conyugal que le esperaba.

—No sé dónde iré esta noche. Pero lo que es en mi casa, no me ven el pelo.

—El escándalo de un divorcio será nuestra ruina. Usted debe volver a su hogar y apaciguar a su esposa.

Convencido por los razonamientos de su amigo, Guillermo, el esposo infiel, decidió ir también aquella noche a su casa. Por el camino iba haciéndose las consideraciones del caso. El, engañando a su esposa, con la francesita; su esposa se entera y compra a ésta las cartas; y es que, naturalmente, la austeridad de su severa mujer no le permite seguir haciendo vida común con un libertino.

Entró en la habitación temblando. No sabía que aquí había una lamentable equivocación y no era su esposa, sino la "otra" lo que se preocupaba por las cartas en cuestión.

Iba a colgar su sombrero, cuando apareció su esposa. Tembló.

—¿Qué... qué... quieres... Matildita?

—¿Qué tienes, Guillermo? Me asustas. Tú estás enfermo.

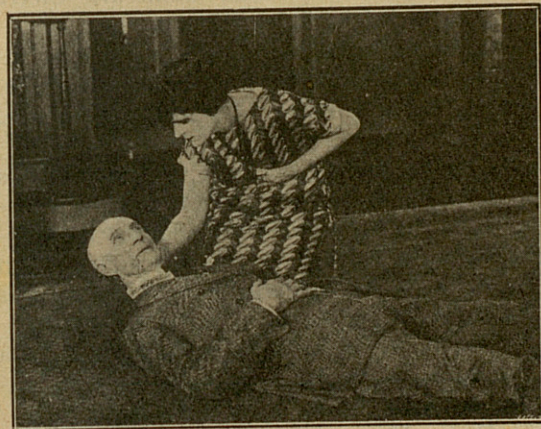
No podía más y cayó de espaldas al suelo, cuan largo era.

Le ayudó a levantarse y le acompañó hasta la cama.

—Sí, estoy muy enfermo... muy enfermo.

Ayudado por la solícita esposa, se desnudó y se metió en la cama.

—Sin duda, algo de lo que he comido me ha hecho daño.



...y cayó de espaldas al suelo, cuan largo era.

—No te apures por esto. Esto pasará con un poquito de ricino.

Se fué y le preparó una toma de aceite de ricino, con café. Mientras, Guillermo, aun no repuesto del susto, continuó su interrumpido soliloquio.

—¿Por qué no me habrá recibido con una estaca? ¡Por qué?

Volvió a entrar la esposa, y tratándole con el mayor cariño, le incitó a que tomara el ricino salvador.

—Vamos, no lo pienses, Guillermo. Cierra los ojos, ¡y arriba! de un trago.

A pesar del mal sabor y de que su estómago lo que le reclamaba era comida, y no medicamentos, lo ingirió. Del mal, el menos, pensaba.

Al propio tiempo que esto, en casa de los esposos Gilbert también ocurrían acontecimientos dignos de atención. Cuando Enrique llegó a su casa halló a su esposa tendida en un diván y llorando amargamente; los sollozos salían de su pecho con pena y dolor. Enrique preguntó amorosamente a su mujercita la causa de su pena, sin obtener contestación. Insistió.

—Pero, ¡Florencia, por favor, háblame, cóntame!... ¿Qué te sucede?

—Sufro mucho... mucho...

—Pobre Florencia, voy a llamar al médico.

—No necesito médico. ¡Lo único que quiero es estar sola!

**

Amaneció el nuevo día y a la hora de costumbre los dos socios halláronse en la oficina. Ambos estaban intrigados. A Enrique, su esposa, sin que existiera motivo, no le dirigió siquiera la palabra y no cesó de llorar en toda la noche.

En cambio la esposa del infiel había recibido a éste más cariñosa que de costumbre y le había tratado de manera insospechada.

—¿Qué le ha dicho su señora, Belchor?

—Ni una palabra. Pero me administró una purga... ¡y de aceite ricino!

Enrique echóse a reír a carcajada limpia.

—¡Ah! ¡ya caigo! Su esposa le está torturando a usted para que confiese la verdad.

—Pues si me administra otra purga lo digo todo — contestó el infeliz.

—Voy a entrevistarme con esa pájara una vez más y veremos qué es lo que se puede hacer para conseguir las cartas.

Aquel día por la casa de la francesa desfilaban varios personajes. Primero fué Florencia, la esposa de Enrique, que iba dispuesta a conseguir las pruebas de la infidelidad

de su marido. Se tropezó con el para ella grave inconveniente de que persuadida Carlota de que para conseguir las cartas uno u otro pagaría cualquier cosa, le pidió cinco mil dó-



—*Vamos, no lo pienses, Guillermo. Cierra los ojos, ¡y arriba! de un trago.*

lares, y ella no disponía más que de tres mil. Cuando se lo dijo a su amiga, ésta halló fácil y pronta solución: su esposo Guillermo le daría los dos mil dólares que le faltaban.

Momentos después era Enrique, quien sólo pudo enterarse de que Carlota ya se había com-

prometido a entregar las cartas por cinco mil dólares a la supuesta esposa agraviada. Y, como antes las dos mujeres, tomó rápido la dirección de su oficina, donde le aguardaba su socio.

Al cabo de un momento, un nuevo personaje hizo acto de presencia allí. Nada menos que el señor Mondgrass, Presidente de la Liga Moral, había cruzado los umbrales de la mansión de la mujer fácil. Pero lo que se decía él: cuando un hombre se convierte en apóstol de la Moralidad, en ocasiones ha de pisar terrenos equívocos y peligrosos. Díjole a Carlota:

—He oído decir que se ha peleado usted con Cornick, y por eso he venido. Su ayuda puede ser preciosa para nuestra causa.

—No ha pensado usted mal. Estoy dispuesta a ayudarle, sólo por fastidiar a ese miserable.

—Gracias, señora. En tal caso voy en busca de mi abogado y lo traeré aquí en seguida.

Y un momento después era Cornick, el temido, el que hacía su aparición en aquella casa. Entró en plan de lo que era, un chulo, que al saber sola a una mujer iba dispuesto a conseguir todo cuanto se propusiera. Para el mejor resultado de lo que había planeado presentóse acompañado de otro individuo de mala catadura.

Carlota se asustó, pero de todos modos hizo fuerza, al ver ante sí al miserable.

—Acabo de saber que piensas largarte y dejarme con un palmo de narices... ¡y, eso no, preciosa!

La francesa pensaba de qué medio se valdría para librarse de aquel fresco. Mientras, él, repasando con la mirada los muebles, continuó:

—Lo que vas hacer ahora mismito es salir a dar un paseo para que yo haga el inventario. ¡Ah! y te advierto que si prefieres la violencia a mí me da igual.

Carlota intentó oponerse a la felonía que aquel villano intentaba hacer con ella, pero Cornick, ayudado por su secuaz, apresó a Germaine entre sus brazos, brutalmente, con ánimo de rendirla por la violencia.

... ..

Las dos mujeres llegaron muy pronto a la oficina de sus respectivos maridos. Matilde entró y al saber que el suyo estaba solo en aquel momento, tuvo gran satisfacción. Penetró en el despacho. Belchor cuando vio la furia de su mujer ante sí tuvo un sobresalto. Esta, lo mismo que la víspera, le trató muy cariñosamente.

—Siéntate, Guillermo. Tengo algo importante que decirte.

Belchor empezó a sudar.

—Necesito dos mil dólares en seguida, ahora mismo.

Ni siquiera se le ocurrió preguntar para qué quería aquella importante suma. Inmediatamente extendió un cheque y se lo entregó con la mejor de sus sonrisas a su mujer.

En aquel momento entró Enrique. Venía tan precipitado que ni siquiera se fijó que en el recibimiento se hallaba su esposa. Cuando se introdujo en el despacho de su socio quedó sorprendido al ver que iba a salir la esposa de éste mientras le decía:

—Ahora quiero que guíes tú el coche. Yo estoy cansada de llevar el volante.

Iba a cumplir la orden recibida, pero al ver a Enrique se contuvo, y pidió, muy modosito, permiso para hablar con éste acerca de un asunto urgente del negocio. Ya apartados los dos hombres, Enrique habló:

—¡Estamos perdidos! ¡Carlota Germaine va a entregar las cartas a su esposa, en cuanto le dé dos mil dólares más!

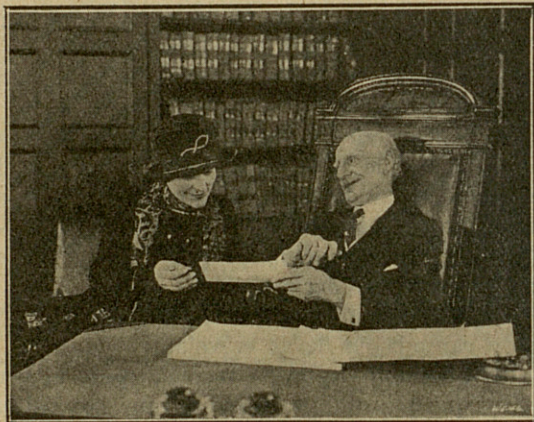
—¡Maldición! ¡Yo acabo de darle esos dos mil dólares!

Había que adoptar una solución rápida, y el viejo libertino murmuró:

—Vaya usted a recoger esas cartas. Mi es-

posa quiere que yo conduzca el *auto*. Simularé una *panne* y le dejaré a usted tiempo suficiente para que se nos anticipe.

Cuando Enrique se vió en la calle buscó con



Inmediatamente extendió un cheque y con la mejor de sus sonrisas lo entregó a su mujer.

la mirada un "taxi" para que le condujera a casa de Germaine. Ante su puerta se detuvo uno y apeóse el señor Mondgrass, que, como sabemos, había salido en su busca. Y sin atender a razones de ninguna clase le obligó a acompañarle. Cuando el presidente de la Liga

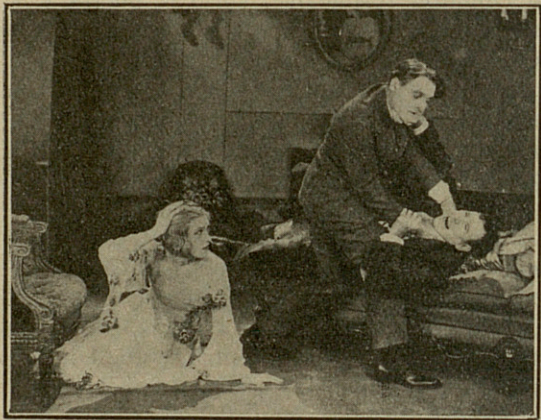
Moral y Enrique Gilbert llamaron en la puerta de la francesa, nadie les respondió. En cambio oyeron claramente los lamentos de la mujer, que, como sabemos, estaba en aquel momento forcejeando con los dos bandidos. Enrique, de un empujón formidable, abrió la puerta y se introdujeron dentro. Pocas palabras mediaron de uno a otro; más hábiles para expresarse fueron las manos; y el presidente fué el primero en recibir un soberbio puñetazo de Cornick, en la mandíbula, que por poco más le manda al país de los sueños.

Enrique no se arredró. Era fuerte y en pocos momentos dejó inutilizado al compañero de Cornick. Este, que con poco trabajo libróse del primero y más odiado de sus enemigos, cual era el presidente de la Liga Moral, lanzóse confiado sobre su contrincante. Una lucha cruel se entabló, en un cuerpo a cuerpo formidable. Ambos eran ligeros y robustos; volaban las sillas que se estrellaban contra la pared; sonaban a hueco los puñetazos que se propinaban; y los muebles al ser derribados por la lucha de los dos encarnizados combatientes producían un estrépito ensordecedor. Con los cabellos en desorden, los puños cerrados en una contracción violenta y los ojos lanzando destellos, parecían ambos dos furias del averno.

En un momento en que Mateo Cornick se

descubrió, pudo Enrique asestarle un buen puñetazo y dejóle tendido sin sentido.

Carlota Germaine, que había presenciado toda la lucha, echóse emocionada y agrade-

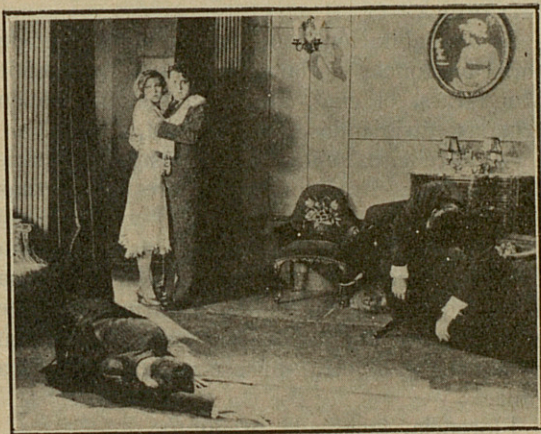


Una lucha cruel se entabló, en un cuerpo a cuerpo formidable.

cida en brazos de su salvador. Aprovechó aquel momento y le entregó un paquetito atado con una cinta azul.

—Tome usted las cartas. Nada tiene que pagar por ellas. Se las regalo porque sí...

Cuando estaban en este arreglo llegaron las dos mujeres que se traían ya los cinco mil dólares, y sorprendieron a Carlota y Enrique



Carlota, que había presenciado la lucha, echóse emocionada en brazos de su salvador.

en aquella posición, que parecía estuviesen abrazándose.

—¡Si fuera mi marido le hacía picadillo! — murmuró Matilde.

Penetraron resueltamente.

Carlota sin fijarse en la cara ceñuda de las

PRÓXIMO NÚMERO:

¡SI YO FUERA REINA!

por Ethel Clayton, Warner Baxter, etc.

Postal obsequio: DOROTHY PHILLIPS

La Novela Femenina Cinematográfica

Sale todos los viernes

Precio 30 cts.

LEA USTED

ZAZÁ

por GLORIA SWANSON

Libro 12 de las Selectas Ediciones Especiales

Y

SE NECESITA UN LADRÓN

por NICOLÁS RIMSKY

Libro 83 de la BIBLIOTECA LOS GRANDES FILMS

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de
venta de España y a todos
los Corresponsales, los números
que le falten para tener comple-
tas las colecciones de las publi-
caciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los
números de las publicaciones de

**La Novela Semanal
Cinematográfica**

**Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios**

Pida
detalles
a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Vía Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta impresor. - Barcelona